

dos todos los dedos en la membrana natatoria, de tal modo que solo sobresalen las uñas. En los cetáceos están reunidos los dedos por medio de un tejido cartilaginoso, y la aleta no tiene mas que un movimiento de conjunto; los miembros posteriores han desaparecido, pero la cola es plana y se trasforma en una segunda aleta tan perfecta como la anterior.

Semejante diferencia en los órganos produce otra muy grande en los movimientos; los animales de patas ó pezuñas avanzan por el agua manoteando; los cetáceos y las focas se valen de sus aletas como de remos, adelantándolas de flanco, retirándolas de frente ó moviendo su cola de lado, así como el barquero que hace avanzar su bote con el auxilio de un solo remo que lleva detrás. Los animales de membrana natatoria nadan como los patos; unen sus dedos palmados al adelantar la pata, y los separan cuando golpean el agua retirándola hácia atrás.

Si son exactas las observaciones de Scoresby, el mas célebre de los balleneros, la rapidez que lleva un gran cetáceo cuando nada, iguala á la de la carrera de los mamíferos; una ballena herida se sumerge como una flecha con una celeridad que le permite recorrer en una hora doce millas inglesas, ó sean veintiseis kilómetros, y en el mismo tiempo franquea la mitad de esta distancia sin esfuerzo alguno.

**MOVIMIENTOS INTERNOS.**—En los mamíferos no hay mucha actividad en los movimientos internos de la vida orgánica.

**CIRCULACION.**—El corazón no late muy de prisa, y los movimientos respiratorios son moderados. Esta lentitud en la circulación y la respiración tiene grandes ventajas para los cetáceos, porque les permite estar mucho tiempo sumergidos. Según mis propias observaciones, una ballena sale cada minuto á la superficie del agua para respirar; pero si está herida, puede resistir hasta cuarenta minutos, según Scoresby, sin que la necesidad le obligue á aspirar el aire atmosférico (1).

Ningun ave puede mantenerse tanto tiempo debajo de las olas. Por lo menos siempre he notado que el halcón herido por mi mano y perseguido tenazmente, tres minutos después de su inmersión aparecía de nuevo en la superficie y respiraba con extrema dificultad. El pato velludo puede permanecer hasta siete minutos dentro del agua, pero esto no lo he observado por mí mismo. Puede afirmarse que todas las aves que permanecen debajo del agua mas de cuatro minutos, al aparecer de nuevo en la superficie, están sumamente fatigadas y casi parece que se ahogan si se las sumerge otra vez por algun tiempo.

Los animales de sueño invernal son los que tienen los movimientos respiratorios mas lentos mientras dura su letargo. Según Mangili, una marmota, que despierta da setenta y dos mil aspiraciones en dos días, no hace mas que setenta y una mil durante los seis meses de su sueño de invierno. Resulta, pues, que en este tiempo solo emplea la nonagésima parte de aire, es decir, del oxígeno que consumiría en el mismo plazo si estuviese despierta.

(1) No le es posible al hombre permanecer mas de setenta segundos debajo del agua. Este dato se apoya en observaciones hechas á petición de algunos sabios ingleses, por personas entendidas, en los pescadores de perlas de Ceilan; está en contradicción con el aserto de ciertos nadadores que pretenden poder resistir debajo del agua cinco minutos ó mas.

**Voz.**—La voz está tan estrechamente relacionada con los órganos respiratorios, que creemos oportuno hablar de ella en este lugar. Si comparamos bajo este punto de vista á los mamíferos con las aves, nos sorprenderá en seguida la poca flexibilidad vocal de la generalidad de los miembros á nuestra clase pertenecientes. El hombre es el único mamífero que posee una voz mas completa que la de las aves; y tan por encima de la de estas y de la de los demás animales, que se la ha considerado como fundamento para colocar al hombre en una clase única. El lenguaje articulado aparece como una prerrogativa humana tan extraordinaria, que ese único punto de vista basta para ello. Es el único sér que aventaja á las aves cantoras, y que no siente fatigado su oído por el canto de las mismas, como acontece entre los demás mamíferos. Sin embargo, Schleiden cree que el asno posee sentimiento musical, y asegura que su conocido rebuzno *hi-ha* comprende siempre una octava. Esto no debe tomarse en serio, y por mi parte, solo veo en el asno un animal cuyo grito es el mas destemplado de todos, si bien seria difícil citar un solo mamífero cuya voz tenga encanto alguno. La de la mayor parte de estos animales es muy desagradable, tanto mas cuanto mayor es la excitación del individuo.

Quiero hacer una sencilla comparación entre los mamíferos y las aves. El omnipotente amor dotó la boca de las aves de ciertos sonidos musicales que cautivan poderosamente nuestro corazón; los mamíferos los producen también y quizás con mayor fuerza, pero solo consiguen destrozar nuestros oídos. ¿Qué diferencia entre el canto del ruiseñor y el maullido de un gato! En este el sonido es chillón y desfigurado, cada grito natural se transforma en una disonancia que hiere cruelmente los oídos: en aquel la respiración se trueca en música; la música es en ellos el mas precioso y rico canto de amor expresado en sublimes notas.

La voz de los mamíferos no solo es ingrata á nuestro oído durante el tiempo en que el amor les acosa, sino continuamente, tanto si se hallan en un estado de agitación como si gozan de la mayor tranquilidad. Todos nos alegramos con las palabras del poeta: «Balando se dirigen los carneros á sus corrales;» pero en modo alguno podremos considerar el balido como la imagen del regreso á la patria. El balido es una desviación del tono, tan grande como el grito de la cabra ó el gruñido del cerdo, el chillido del cochinito, del ratón, de la ardilla, etc. Nadie hablará del canto de los mamíferos (2), exceptuando al hombre, cuando se trate de los animales dotados de la facultad de cantar; pues solo podrían presentarse como ejemplos los gritos, ladridos, berridos, mugidos, aullidos, relinchos, balidos, gruñidos, y los chillidos de los respectivos animales, que ciertamente no son de lo mas agradable. Estamos, sin embargo, tan acostumbrados á oír la voz de nuestros fieles compañeros domésticos, que acabamos por equipararla á la voz ruda de algun amigo que nos sea querido ó á la *cara voz* de alguna mujer casera, á pesar del uso audaz que hace de los sonidos. Pero si preguntamos á un músico cuál es el valor musical del ladrido de un perro, del maullido del gato, del relincho del caballo, ó del rebuzno del asno, seguramente la respuesta no será muy lisonjera; y aun el *huau-huau* del perro, tan mejorado bajo el punto de vista musical en «Preciosa,» difícilmente podría encontrar gracia en los oídos

(2) En la actualidad se ha hablado mucho de los ratones cantores; sin embargo es preciso que se hagan indudablemente nuevas observaciones para que pueda aceptarse definitivamente aquella opinión. El canto del ratón no es de fijo mas que un chillido mas ó menos parecido á un gorjeo.

de un crítico severo. En una palabra, la voz de los mamíferos, exceptuando la del hombre, tiene sonidos falsos, es ronca y en modo alguno se puede considerar flexible ni perfectible; y aun la que nos conmueve tranquila y agradablemente, cesa de producir ese efecto, en cuanto alguna agitación domina el alma del animal; al paso que en las aves acontece todo lo contrario. El ave, aun bajo el punto de vista de la voz, es un animal esencialmente vivo.

**DIGESTION.**—Correspóndenos ahora decir algunas palabras acerca de la digestión, de ese movimiento del tubo digestivo, excelente, aun cuando no funcione tan rápidamente como en las aves, y que algunas veces, como entre los animales llamados invernantes, puede ser interrumpido por espacio de algunos meses. El que desee enterarse mas fundamentalmente de este punto, puede tomar un libro que trate de la actividad de la vida, es decir de la «Fisiología» del sér; en él encontrará tratado este asunto con mas detalles de los que me es dado presentar en esta obra.

**ACTO DE RUMIAR.**—No puedo pasar sin decir algo acerca de una clase de digestión que solo se encuentra en ciertos mamíferos; me refiero á la rumia.

Aunque parezca que pueda verificarse en cualquier tiempo, el animal no procede con actividad en el acto de masticar y de tragar. Para la rumia son necesarias una posición cómoda y cierta tranquilidad; por lo menos yo no he visto mas que á los camellos que puedan rumiarse y andar á la vez. Cuando el animal se encuentra en las condiciones apetecidas, el estómago comienza su trabajo, y el animal se entrega á él de tal manera, que se le creeria sumido en las mas graves reflexiones; pero en realidad no piensa en nada, ó si en algo piensa es en que no se turbe su reposo. Por eso el centinela de un rebaño no empieza á rumiarse hasta que no tiene ya que ocuparse de la seguridad de sus compañeros, por haberle relevado uno de ellos. De aquí que se pueda considerar desmentido por la rumia el antiguo refrán que dice: «Después de comer debes ponerte en pié ó andar de prisa.»

**SENTIDOS.**—Mientras nos hemos ocupado de la actividad corporal de los mamíferos, hemos debido reconocer cuán por encima de ellos se encuentran, por lo menos bajo muchos conceptos, las movilizadas aves. Lo contrario, empero, acontece al tratar de la capacidad que podríamos llamar espiritual de aquellos: la actividad de los sentidos, que en las clases inferiores puede ser considerada como el germen espiritual propio, se halla muy limitada proporcionalmente en los peces, en los anfibios y en las aves; al paso que en la clase que al presente nos ocupa, todos los sentidos alcanzan un desarrollo armónico, que los hace superiores á las aves: estas están dotadas de una vista privilegiada; aquellos poseen todos los sentidos en igual grado de desarrollo. Las aves ven mejor que los mamíferos, pues la movilidad interior de su ojo las permite ver á distintas distancias; pero en cambio los demás sentidos no pueden en ellas compararse con los de estos últimos, en los cuales se presenta aquella armonía que llega á su máximo en el hombre, y que le coloca en la cúspide del reino animal.

**TACTO.**—De todos los sentidos, el del tacto es el menos perfecto, aun cuando se halle muy desarrollado. La ballena se sumerge apenas la toca cualquier objeto; el elefante siente en el acto la mosca que se ha posado sobre su gruesa piel; el buey experimenta cierto placer cuando le rascan ligeramente entre los cuernos, y la mas suave caricia despierta al gato dormido. Sin embargo, todos esos animales son relativamente

insensibles si se comparan con el hombre, cuya piel percibe el mas ligero soplo de viento.

El tacto se nos presenta mas débil que la sensación, y sobre todo mucho menos intenso en el mismo grado, como vemos en las aves.

Los solípedos tienen cierta sensibilidad táctil en las patas, á pesar de la pezuña que las cubre. Obsérvese á un caballo cuando sube ó baja de noche por una montaña, y se verá que con su pezuña tantea el terreno. Los pelos del mostacho son órganos del tacto mas fino, y á los animales que están provistos de ellos les sirven tanto como las antenas á los insectos. En el gato, en la rata y en el ratón puede observarse lo bien que los utilizan, y también se verá que no huelen un objeto hasta después de haberle tocado con ellos. A todos los mamíferos nocturnos les sirve de guía el mostacho en sus excursiones, y protegen con él los órganos mas importantes de la vista y del olfato; mas para ver el perfeccionamiento que puede alcanzar el sentido del tacto, basta mirar la mano del hombre, y sobre todo la del artista ó la del ciego. La mano es el órgano mas perfecto del tacto, y si no reemplaza á la vista, puede suplirla, cuando menos.

**GUSTO.**—El gusto, que puede considerarse como el tacto de la lengua, no se encuentra, propiamente hablando, mas que entre los mamíferos; sin embargo no puede negarse que en cierto grado existe entre los peces, anfibios y aves; pues puede fácilmente observarse que estos comen con mas placer unos manjares que otros; pero el sentido propiamente dicho, tiene solo en ciertas aves, como los papagayos y dentípteros, un órgano que, en virtud de su blandura y de la actividad nerviosa á la que da esta tanta importancia, hace posible el gusto; al paso que en la inmensa mayoría de las mismas, es la lengua tan dura y atrofiada, que en modo alguno puede introducir y favorecer la acción química del gusto, la disolución de la parte de comestible y la variedad de los mismos que debe lograrse para la percepción del sentido. En los mamíferos sucede lo contrario: su lengua es propia para la acción de gustar, por mas que aparezca dura y rústica. La sal y el azúcar producen, casi siempre, como es sabido, su efecto en este órgano del gusto, y ni aun los gatos se niegan á tragar ambas sustancias, cuando se les presentan convenientemente disueltas. La dura lengua del estúpido camello, que no experimenta sensación alguna dolorosa al ser herida por las agudas espigas de la mimosa, no resiste á la acción química de la sal y percibe una sensación agradable al contacto de esa sustancia disuelta; el elefante, cuya lengua parece un pedazo informe de carne, manifiesta un gran placer cuando le dan azúcar ó cuando la siente humedecida por licores espirituosos; y finalmente la leche es para todos los animales, aun para los felinos mas salvajes, una verdadera golosina. Pero en cuanto al gusto, el hombre es también quien lo posee en el mas alto grado de desarrollo: en él podemos reconocer un sér que en el círculo de esas sensaciones encuentra un goce que le hace olvidar no solo las delicias de los demás sentidos, sino hasta los goces espirituales. Para esos verdaderos glotones, comer es vivir, y vivir es comer. Bajo el punto de vista del gusto, las aves son también muy inferiores á los mamíferos.

**OLFATO.**—El olfato alcanza en los mamíferos su máxima perfección: una ojeada comparativa sobre las diversas clases de animales, nos enseña que este es, aun en los de la especie mas inferior, uno de los sentidos mas importantes. Recordaré solamente los insectos, que revolotean atraídos por los aromas de las flores, ó que son atraídos desde lejos por las emanaciones de los excrementos, ó por el olor especial de sus

hembras. Los peces acuden á picar el cebo que les ha sido arrojado, aunque se encuentren en la superficie, y siguen la direccion que les indican las emanaciones por ellos recibidas á través del agua, elemento al parecer imposible para la trasmision de las partículas odoríferas. Entre los reptiles el olfato es tan imperfecto que en modo alguno pueden reconocer con él una pista; por mas que se pueda afirmar que, gracias á este sentido, algunas serpientes husmean y encuentran á sus hembras. Entre las aves encontramos muchas que poseen un delicado olfato, aun cuando las narraciones, segun las cuales el buitre y el cuervo perciben desde largas distancias las emanaciones fétidas de los cadáveres y de otras materias, se apoyan en observaciones erróneas é incompletas. Entre los mamíferos acontece lo contrario, pues hay algunos animales de esta clase, cuyo olfato alcanza un desarrollo sorprendente. El olfato posee claramente la aptitud de llevar á la percepcion del sentido las emanaciones gaseiformes; pero será siempre para nosotros un enigma el comprender cómo pueden percibirse aquellas, y cómo por ellas se descubre el objeto que lo excita.

Un perro es capaz de reconocer las huellas de su amo en medio de otras mil; persigue una pieza siguiendo la pista abandonada el día antes, y no tiene para guiarse mas que el olfato, ni percibe otra cosa sino las ligeras emanaciones que ha dejado el pié en el momento de tocar el suelo. ¿Cómo podrán percibirse, cómo distinguirse esas huellas tan sutiles y fugaces, disimuladas con frecuencia por otras mas marcadas y por lo tanto mas penetrantes? Este es un fenómeno que por largo tiempo encerrará un enigma para nosotros.

Lo mismo sucede con lo que llamamos la *husma*: una liebre husmea al cazador, si está en la misma direccion del viento, á una distancia de treinta ó cuarenta metros; comprendemos que esto pueda ser, puesto que nosotros advertimos la llegada de uno de nuestros animales domésticos á cinco, diez, y aun á veinte metros; pero que un renjifero olfatee al hombre á una distancia de quinientos á seiscientos, es cosa sorprendente; y en cuanto á mí, he necesitado verlo para creerlo. Semejante desarrollo del olfato nos parece maravilloso porque en nosotros no llega nunca este sentido á tan alto grado de perfeccion.

Todos los animales dotados de tan preciosa facultad tienen la nariz húmeda; y por singular que esto parezca, podemos deducir de la mayor ó menor humedad de aquella, cuál es el grado de sutileza del olfato. La nariz del gato es mas seca que la del perro, la del mono mas que la del primero de dichos animales, la del hombre mas que la del último, y el desarrollo del olfato sigue la misma escala descendente. Si quisiéramos recorrer todos los grados de perfeccion de este sentido, desde los cetáceos hasta los animales mejor dotados, sería preciso ir demasiado léjos, y por lo tanto bastará decir, que entre los animales de nariz húmeda le tienen mas perfecto aquellos cuyos órganos olfatorios son mas móviles. En este número se comprenden los coatis, los cerdos, los perros, los gatos de algalia, las ginetas y las martas, cuya nariz es tambien muy movable. Los murciélagos que tienen un apéndice nasal no les van en zaga á los animales de nariz húmeda; pues un órgano tan desarrollado implica necesariamente un gran desarrollo de la funcion. Debo añadir aquí que las sustancias que para un olfato torpe exhalan un agradable perfume, despiden por el contrario un hedor insoportable para un olfato muy fino: á los perros les repugna tanto el agua de Colonia como el hidrógeno sulfurado; y únicamente los animales que tienen poco desarrollado este sentido se embriagan con los olores, como le sucede al gato cuando huele la valeriana. Los demás evitan tales excitantes con cuidado, si no con temor, porque siempre les causan una sensacion dolorosa.

OIDO.—¿Estará mas desarrollado en los mamíferos el oído que el olfato, ó menos? La cuestion no está resuelta aun; pero de todos modos, es mas perfecto en ellos que en los demás animales.

El oído se encuentra bastante desarrollado, aun en las clases mas inferiores del reino animal, aunque nunca en el grado que sería indispensablemente necesario para la vida, como por ejemplo para procurarse la presa que ha de servir de alimento: en este caso se encuentran las dos clases superiores. El oído de las aves se nos presenta como una simple reproduccion del oído de los mamíferos. Que las aves oyen perfectamente, nos lo demuestra la aptitud musical de que están dotadas: se alegran y se animan recíprocamente con su lenguaje, rico en cantares, y con la audición del mismo, lo cual hace que se las incluya en el reino de los sonidos musicales. Es, empero, notable, que tambien entre ellas solo posean la facultad de cantar ó se animen con sus notas melodiosas aquellas que tienen un oído menos desarrollado, mientras que las que están dotadas de un oído sumamente fino, como por ejemplo los buhos, sienten un horror á los sonidos que entusiasman á las demás aves. Lo mismo acontece precisamente á los mamíferos.

La estructura de su oído externo é interno revela ya cuánto es el desarrollo del oído; y añadiremos que puede llegar hasta el punto de que ciertos sonidos, agradables para algunos animales, no sean mas que ruidos discordantes para otros que están mejor dotados en este concepto. Un oído musical no es lo mismo que un oído fino; indica mas bien un grado inferior en el desarrollo, y así resulta que en el hombre son menos perfectos que en los demás mamíferos el oído y el olfato. Esto, sin embargo, no es suficiente para que se le pueda disputar su elevado puesto, atendido que el perfeccionamiento resulta del desarrollo igual ó armónico de todos los sentidos.

Los diversos mamíferos no se hallan dotados del mismo modo en este concepto; ninguno de ellos es sordo, pero solo unos cuantos tienen realmente el oído fino. El desarrollo de la oreja indica bastante el del sentido correspondiente: de suerte que todos los animales que tienen el pabellon grande, levantado y movable, oyen mejor que aquellos en que es pequeño, colgante, y hasta atrofiado; al mismo tiempo que el órgano se perfecciona, la sensibilidad aumenta; en una palabra, los mamíferos de grandes orejas aborrecen los sonidos vibrantes, que agradan á los que las tienen pequeñas. Dicese que el delfin sigue á los buques donde se toca alguna música, como fascinado por sus dulces acordes; la foca sale á la superficie del agua cuando el pescador silba; el caballo relincha de alegría al sonido de la trompeta; el camello recobra nuevo ardor cuando suena la campana de la caravana; el oso se pone de pié si oye tocar la flauta, y el elefante, que no tiene mas que una pequeña concha con un gran lóbulo, se mueve cadenciosamente al compás de la música y sabe distinguir las tocatas lánguidas, de las marchas y cantos guerreros.

Pero ninguno de esos animales produce un sonido tan atractivo y musical como las aves dotadas de la facultad de cantar, que sienten aficion por la música, y que con ella se animan y regocijan: estas se parecen mas á los reptiles, por ejemplo á la serpiente, que se siente atraída y vencida por la flauta de su domador.

En los mamíferos de oído sensible se observan notables diferencias en sus impresiones. El perro soporta la voz de bajo del hombre, pero no la de soprano de la mujer; cuando esta canta, aulla como cuando oye tocar instrumentos de viento; pero si son de cuerda, parecen no afectarle tanto. Si un murciélagos orejudo oye los acentos de la música, asáltale

una viva inquietud, se arrastra con sus patas delanteras y lanza débiles gritos temblones, pues todos los sonidos fuertes le son insoportables.

No sería posible asegurar positivamente cosa alguna acerca de la extension del oído. En este punto solo podemos comparar á los animales entre sí, sin que nos sea dado medir el desarrollo absoluto de este sentido. Cierto es que varios mamíferos oyen rumores que nosotros ya no percibimos; es muy evidente que el gato oye el ruido que hace un raton al correr, aunque no podemos determinar á qué distancia se verifica esto; el murciélagos orejudo debe percibir del mismo modo el aleteo de las mariposas; el perro llamado *fence Canis*, cerdo de Gmelin, oye al insecto que se arrastra por la tierra á bastante trecho; y la pieza perseguida oye á una distancia de ciento á doscientos pasos al cazador que avanza en su seguimiento; adviértase que todos estos datos no tienen nada de absoluto.

VISTA.—La vista de los mamíferos no alcanza el desarrollo del olfato y del oído.

Que todos los mamíferos, en cuanto á la vista, están muy por debajo de las aves, ya lo hemos dicho, en cuanto es posible afirmarlo, habiendo hecho sobre este punto observaciones particulares.

Es probable que ninguna de las especies diurnas tenga los ojos, y por consiguiente la vista, tan perfectos como el hombre; y en todo caso, no se ha hecho observacion alguna que contradiga este aserto. No sucede lo mismo con los carnívoros nocturnos, varios monos, los quirópteros y ciertos roedores, etc., los cuales tienen, ya una vista excelente, ó bien un ojo rudimentario. De todos los mamíferos, los verdaderos carnívoros son sin disputa los que tienen la vista mas penetrante; su ojo es en extremo sensible, y aun hay algunos que no pueden soportar la luz del día.

El ojo de los carnívoros posee mayor movilidad interior, aunque no es espontánea como en las aves, sino involuntaria y está relacionada con la mayor ó menor intensidad de la luz. El gato doméstico nos ofrece un ejemplo de ello: su pupila, circular en la oscuridad, se estrecha de día hasta reducirse á una simple abertura.

Puede admitirse como regla general que todos los mamíferos de pupila redonda son animales diurnos, ó que ven lo mismo de día que de noche, mientras que los de pupila prolongada no gozan de la plenitud de su facultad visual hasta la hora del crepúsculo.

Es digno de notarse que algunas veces los ojos de las clases mas elevadas se atrofian, atrofia que puede convertirse en completa ceguera, como sucede con el topo ciego; pero esos órganos no faltan en ninguno de los mamíferos hasta hoy conocidos. Nuestro topo, confundido tan á menudo con sus afines los topos ciegos, posee unos ojos bastante aptos para la vision, y por eso las bellas palabras de Rückert encierran la verdad completa:

«El topo no es ciego; la naturaleza le ha dotado de ojos pequeños que bastan para sus necesidades; con ellos verá cuanto le es útil en los palacios subterráneos que construye. De este modo es mas difícil que penetre en sus ojos el polvo que con sus movimientos desprende de las abovedadas galerías. El gusano que se proporciona valiéndose de otros sentidos, no necesita acecharlo, pues su marcha no es muy rápida. Además, solo debe salir de su madriguera durante las noches calurosas para mostrar sus pupilas al cielo, y sin darse cuenta de ello, un rayo de luz le hace volver á su morada, moviéndose de nuevo en la oscuridad.»

Debemos considerar además los ojos de los mamíferos bajo otro punto de vista; á saber, como la mas elevada y segura imagen del espíritu. En las clases inferiores no

alcanzan un grado tal que puedan ser considerados como espejo del alma. En la serpiente los encontramos maliciosos, en el crocodilo malignos, en algunas aves dulces, en otras penetrantes, graves, intranquitos, etc.; pudiendo decirse que, con pocas excepciones, acertamos en lo que en ellos creamos ver. El iris de los ojos del halcon ó del águila nos atrae; lo cual acontece casi siempre con los ojos de los mamíferos. Ahora podemos hablar de una expresion de la fisonomía, en la cual entran por mucho los ojos.

El vulgo lo ha comprendido muy bien, y así es que desde hace mucho tiempo ha observado, con bastante acierto, que la mirada del buey es estúpida, amorosa la de la girafa, dulce la de la gacela, cariñosa la del perro, tonta ó lastimosa la del carnero, hipócrita la del lobo, penetrante la del linco, maliciosa la del mono y fiera la del leon. En todos esos animales, los ojos son un espejo fiel donde se reflejan los movimientos de las pasiones, y puede decirse que reemplazan á la palabra que les falta. El dolor y el placer, la tristeza y el contento, la angustia y la indiferencia, la pena y la alegría, el odio y el amor, el horror y la bondad, son otros tantos sentimientos que nos expresa claramente la mirada del mamífero.

INTELIGENCIA.—Considerado el ojo, ya como intérprete, ya como imagen, me servirá de guia para analizar el espíritu animal. Diversas preguntas que se me han dirigido me obligan á tratar este asunto mas detalladamente de lo que el plan de la obra lo permite, y á decir algunas palabras sobre la doctrina, no justificada segun mi opinion, relativa al intitulado *instinto de los animales* y sobre el origen de ella.

Hay naturalistas á quienes les parece muy justo que el hombre posea inteligencia y conocimientos científicos; pero que no consideran equitativo ni conveniente que el animal esté dotado de facultades semejantes.

A todo cuanto se pueda decir en favor de la conveniencia, nosotros no oponemos mas que esta contestacion: Si «lo creado» no hubiese sido instituido convenientemente, no existiría, porque hubiera perecido; porque hace mucho tiempo hubiera desaparecido para dejar el puesto á cosas mas perfectas.

Un mamífero sin cabeza no puede comer, mientras que ciertos animalitos de clase muy inferior, cuyo todo no es mas que un estómago, se alimentan, consiguiendo realizar lo que el mamífero no puede hacer.

De ningun modo negamos la conveniencia de lo creado; la aceptamos al contrario como cosa que por sí misma se comprende; nuestras averiguaciones, nuestro estudio, nuestra análisis no se dirigen al «porqué,» sino al «cómo,» del cual casi siempre resulta el «porqué,» sin perder el tiempo en tentativas de explicaciones inútiles. Para los sostenedores de la doctrina del *instinto* del animal, no se trata de despertar en el hombre los goces de la naturaleza, el sentimiento de la contemplacion, sino hacerle comprender que todo lo que existe ha sido creado por amor suyo, y que por consiguiente se le debe haber formado de materia del todo diversa de la que dió cuerpo á las otras criaturas, sus hermanas en la creacion, y que ya conocemos de ciencia cierta. Por eso hacen todos los esfuerzos posibles para probar que el animal, como ser sin espíritu ni alma, no posee ni movimiento, ni voluntad propia, ni sentimiento, ni sensibilidad para recibir influencias externas; que no piensa, no juzga, no obra, no ama, no odia, no examina, no saca consecuencias de su examen; que es en fin un juguete del hombre. Se esfuerzan, repetimos, en probar que el animal está guiado, dirigido, tratado, mandado, forzado al cariño, al odio: que se le obliga á comer, á buscar la compañera de sus placeres conyugales, á defenderse de un enemigo, á construir su vivienda, á educar